

OCCIDENTE

UNA VISION OBJETIVA DEL MUNDO ACTUAL

FUTURO DE LA EXPORTACION MADERERA

Patricio Contesse

La dimensión olvidada:

CULTURA Y NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

Felipe Herrera

Academia Chilena de la Lengua

HOMENAJE AL IDIOMA

Alfonso Calderón

GEORG FRIEDRICH HÄNDEL

Ernesto Strauss

RECUERDOS DE MARSELLA

Benjamín Morgado



EN EL CENTENARIO DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

La construcción de la torre

por
ALFONSO CALDERON

Según el filósofo inglés Francis Bacon, *Las palabras encierran los conceptos de la misma manera que la moneda encierra o representa valores: según el acuerdo común.* Con la hermosura del decir que le era propia y en batalla permanente, tras un propósito, el de evitar que el babelismo nos invadiera, y sobrecogido por la lectura del paisaje publicitario, Pedro Salinas escribió un ensayo titulado *Aprecio y defensa del lenguaje*, y en él, queriendo evitar la pulverización del léxico, la sinuosidad de la fragmentación idiomática y la pugna en beneficio de la arbitrariedad anotó: *¿Tiene o no tiene el hombre como individuo, el hombre en comunidad, la sociedad, deberes inexcusables, mandatorios en todo momento, con su idioma? ¿Es lícito adoptar en ningún país, en ningún instante de su historia, una posición de indiferencia o de*

*inhibición ante su habla? ¿Quedarnos, como quien dice, a la orilla del vivir del idioma, mirándolo correr, claro o turbio, como si nos fuese ajeno? O, por el contrario, ¿se nos impone, por una razón de moral, una atención, una voluntad interventora del hombre hacia el habla?*¹.

No hay duda de que toda indignación se vuelve retórica si, en el camino, en medio de la faena y con buena voluntad, no se procura un haz de respuestas. *Tremenda frivolidad* —dice Salinas— *es no hacerse esa pregunta. Pueblo que no lo haga vive en el olvido de su propia dignidad espiritual, en estado de deficiencia humana. Porque la contestación entraña con-*

¹En *Responsabilidad del escritor* (Barcelona, Seix Barral, 1961).

secuencias incalculables. Para mí la respuesta es muy clara: no es permisible a una comunidad civilizada dejar su lengua, desarbolada, flotar a la deriva, al garete, sin velas, sin capitanes, sin rumbo.

Sin perder de vista el hoy y el aquí, examinemos brevemente el punto de partida de la Real Academia Española. Felipe V, tras pedir opinión a su Consejo —y con la venia del confesor, padre Robinet— aceptó una petición de estudiosos españoles a quienes preocupaban los problemas del idioma y, teniendo en cuenta la autorización mencionada, exigió que le fueran presentados los estatutos. El Consejo de Castilla, una vez que los hubo examinado, dio su aprobación con fecha 3 de octubre de 1714. Se fijó en 24 el número de miembros y uno de los primeros acuerdos consistió en cumplir la misión de preparar un Diccionario, una Gramática y una Poética.

La celeridad es mala consejera y la ambición suele romper el saco, y, tomando ello en consideración, los académicos concibieron como tarea inicial, dada su importancia, la de preparar el Diccionario. Con ello se atuvieron a una noción básica, aquella de elegir los autores de cuyas obras, modelos del buen decir, habrían de tomarse las palabras y las locuciones que iban a clasificarse para así poder determinar el sentido que era necesario atribuirles². No parecía otra cosa que obra de romanos el emprender tan vasta excursión. Las autoridades que les servirían de modelos pasaban de doscientos y entre ellos, como es natural, se hallaban representados los denominados *autores clásicos* de los siglos XVI y XVII. Tardaron años. ¿El resultado? El *Diccionario de Autoridades*, impreso entre 1726 y 1739.

No es el Diccionario —o *mataburros* como ha dado en llamársele coloquialmente— un obstáculo, y más bien podría ser estimado como un compañero de ruta que avisa de la zona del río imprescindible de vadear; del

modo como ir evitando las grietas en el hielo y las trampas en la cordillera o en la selva. No es, como ha escrito Pablo Neruda en una de sus odas más bellas, *tumba, sepulcro, féretro, / túmulo, mausoleo* o, si se quiere un Valle de los Caídos o Lugar de Exaltación de la Muerte. Siempre hay en tan copioso libro *un grano de tus/ magnánimos graneros/ en el momento/ justo*, y el poeta nos expresa que es preciso buscar siempre en su *espesa y sonora/ profundidad de selva* algo, tal vez *un solo trino, el lujo/ de una abeja, / un fragmento caído/ de tu antigua madera perfumada por una eternidad de jazmineros, / una/ sílaba, / un temblor, un sonido, / una semilla.*

Los que consideran al Diccionario como un heraldo de la parálisis o una forma del enclave autoritario en el manejo del idioma, ignoran la buena voluntad de servicio que en él se exhibe. Quien ha precisado con mayor vigor, sabiduría y reflexividad el sentido de aquel es don Ramón Menéndez Pidal. Expone que el Diccionario debe cultivar *el criterio histórico*, mirando *los que hoy son defectos, no como absolutamente tales*, considerando además *la vida de las palabras como un continuo flujo y reflujo, perpetuo devenir en los actos sucesivos en que el lenguaje se realiza*, teniendo en cuenta que no ha de representar *las palabras como disecadas*, sino como *vivientes y en movimiento*, mostrando *el valor originario de cada vocablo, su trayectoria histórica y su situación precisa en el presente, dejando entrever cómo esa trayectoria habrá de continuarse en el futuro*. Ello le permitirá cooperar *a la fundamental fijeza del idioma, no con un simple fallo autoritario, sino dando conocimiento de la evolución histórica del lenguaje, para que el lector pueda continuarlas en nuevas creaciones lingüísticas, con juicio documentado, con elección ilustrada, sintiéndose miembro consciente de la comunidad hablante, integrada por el pugnante contacto de todos, tanto de los más cultos como de los más inconscientes*³.

La conclusión que Menéndez Pidal propone consiste fundamentalmente en una vivísima exaltación del amor por el lenguaje y en una manera de ubicar la lengua en el espíritu

²Miguel Luis Amunátegui Reyes. *La Academia Chilena en el cincuentenario de su fundación* (Santiago, Imprenta General Díaz, 1937).

³"El Diccionario ideal". En *Estudios de lingüística* (Espasa-Calpe, Madrid, 1961).

de los tiempos, vivificándose en ellos. El Diccionario —explica—, *al dar a cada palabra una caracterización precisa, una biografía esquemática que muestre las cambiantes o indecisas actitudes de la vida, representará el habla, no en reposo de autorizada estabilidad, sino en movimiento de avance; será como una fotografía instantánea del idioma en actividad dinámica, representando al vivo la dirección de su movimiento. No será un panteón consagrado al culto del bien decir, sino guía en una etapa del inacabable camino que va recorriendo el lenguaje. Tal diccionario, fotografía instantánea, el mismo día que acaba de imprimirse comienza a quedar anticuado, pero llevará en sí siempre, en las explicaciones del pasado y en la exacta descripción del futuro, la razón de ser de las innovaciones futuras.*

Tras algo más de un siglo de labor, la Real Academia consideró necesario atraer a su campo de acción a los más representativos hablistas de los países de América, pues entendió tempranamente los riesgos que don Andrés Bello advirtiera en el prólogo de su *Gramática de la Lengua Castellana*, al decir: *Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso lo que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas, y la introducción de vocablos flamantes, tomados de las lenguas antiguas y extranjeras, ha dejado ya de ofendernos, cuando no es manifiestamente innecesaria, o cuando no descubre la afectación y mal gusto de los que piensan engalanar así lo que escriben.*

En una primera etapa, la Real Academia incorporó, en calidad de *miembros correspondientes*, a varios escritores americanos. Más tarde, entendió muy bien que el carácter *imperial* de la lengua era un rasgo absolutista y que, en el diálogo eficaz y enriquecedor con los miembros de otras comunidades lingüísticas cuyo idioma fuera el español, se iría adecuando una organización verbal que habría de evitar la fragmentación, esa especie de Hidra de

Lerna destinada a ahogar a quienes aspiraran a no ver el camino. Así, poco a poco, fueron naciendo las Academias Hispanoamericanas.

LA ACADEMIA EN CHILE

El 5 de junio de 1885 se llevó a cabo, en la Sala del Consejo de Instrucción Pública, la reunión preparatoria de la Academia Chilena Correspondiente de la Española. Asistieron don José Victorino Lastarria, uno de los adalides de la intelectualidad chilena; don Miguel Luis Amunátegui, don Jorge Huneeus, don Baldomero Pizarro, don Luis Aldunate, don Vicente Reyes y don Zorobabel Rodríguez. *El señor Huneeus dio lectura a una carta que el Excelentísimo señor don Domingo Santa María le había dirigido, pidiéndole hacer presente a los señores académicos allí reunidos el vivo pesar que experimentaba al verse privado de concurrir a la reunión por graves e impostergables negocios propios de su cargo, y la buena voluntad que tenía para cooperar al logro de los fines que los invitantes se proponían y para aceptar y cumplir por su parte los acuerdos que la Junta celebrase. Expuso además el mismo señor Huneeus que de los académicos residentes en el país, el señor don Benjamín Vicuña Mackenna se encontraba fuera de Santiago, que el señor don Diego Barros Arana había hecho presente que el mal estado de su salud no le permitía asistir y que era de parecer que alguna causa poderosa motivara la inasistencia de Fray Crescente Errázuriz, a quien se había dirigido oportunamente esquila de invitación⁴.*

Si se repasa la actividad de los fundadores, habrá de verse que en ellos primaron los intereses por buscar en el habla chilena aquellos elementos distintivos, capaces de ser fijados en un envión vivísimo para el enriquecimiento de la lengua. Así, Zorobabel Rodríguez, en su *Diccionario de Chilenismos* (1875), había iniciado una línea de búsqueda que, más tarde, será completada en el *Diccionario manual de locuciones viciosas y de correcciones de lenguaje* (1893), de Camilo Ortúzar; en el

⁴Citado por Amunátegui.

Diccionario de chilenismos y otras locuciones viciosas (1908-1918), de Manuel Antonio Román; en *Voces usadas en Chile*, de Aníbal Echeverría y Reyes (1900); en *Chilenismos. Apuntes lexicográficos* (1928), de José Toribio Medina; en *Chilenismos* (1945), de José M. Yrarrázaval Larraín, y posteriormente en el *Diccionario del habla chilena* (1978), trabajo colectivo de la Academia Chilena, y en el magnífico texto de Félix Morales. Al leer los documentos de época, no deja de advertirse que filólogos, narradores, ensayistas, historiadores, togados y clérigos toman como una función preferente el análisis de los problemas de la lengua, de su estado y de sus hallazgos.

Nadie, por cierto, deseaba lastimar el idioma, ni hacer gemir en vano las familias de tipos de los talleres, pues hay hombres repesados que se manejan muy bien en el terreno de las necedades, repitiendo, como lo dijera don Eugenio de Ochoa, académico español del pasado siglo, *majaderías de a folio*. Ocupábanse no poco en pesquisar galicismos, uno de los acontecimientos vitandos de antaño. Y, en verdad, dieron prueba de un celo regulador que benefició admirablemente a la lengua. Sin embargo, algunos de ellos comienzan a preguntarse si acaso es mera labor de policía la que deberá cumplir el académico, guardador del legado. Más tarde, con ánimo esclarecedor, Américo Castro dará la clave del asunto: *el arte del gramático ha de estar en olfatear lo que la robusta naturaleza del idioma acabará por asimilar o por repudiar, y en colaborar con la conciencia lingüística de los hablantes en la eliminación de los brotes excesivos*⁵.

De pronto, los fundadores, movidos por el vigoroso sacudón que experimentaba la vida nacional, con sus agudos problemas políticos, los desacuerdos entre los partidos, el furor doctrinario de la Iglesia y de quienes veían en ella un prolijo y constante uso de su poder para *aherrojar el pensamiento y exigir dispensas en el terreno de la educación clerical* —como alguien dijera—, y la crisis del orden constitucional, las dificultades por la práctica

de las leyes promulgadas durante el gobierno de Santa María y, finalmente los sucesos de la Guerra del Pacífico, hicieron que —según lo ha determinado en una investigación muy completa monseñor Fidel Araneda Bravo— la Academia Chilena paralizará sus actividades luego de una última reunión, el 17 de octubre de 1887. *La revolución de 1891 y la muerte de sus más entusiastas fundadores* —escribe Araneda— *suspendieron por más de un cuarto de siglo las labores académicas*⁶.

LA ACADEMIA REINSTALADA

Sólo en 1914, con la venida especial de Ramón Menéndez Pidal, reinstalador ejemplar, la Academia Chilena logró volver a tomar su cauce normal. Juan Agustín Barriga, en ceremonia llevada a cabo en la Biblioteca Nacional (8 de noviembre de 1914), dijo en una parte de su discurso: *Doloroso es confesar que el árbol plantado con tanto esmero y mecido por la brisa de tan risueñas ilusiones, no dio los frutos que de él se había esperado. A los dos años de su fundación, la Academia Correspondiente suspendió sus trabajos, sus miembros se dispersaban y sus mismos archivos se han extraviado, como si la suerte implacable hubiera querido que no quedase testimonio alguno de su precaria existencia*⁷.

Silenciosa, constante, en un ánimo de dar lo mejor de sí, la Academia Chilena no es un lugar de reposo previo al panteón ni un sanatorio de altura, como algunos —sin la menor sutileza— han expresado. La pluralidad de opiniones, que permiten convivir civilizadamente a hombres de distintos credos y doctrinas; el afán de no escatimar energías en el estudio de los problemas de la lengua, desde ángulos de reflexión muy diversos; la voluntad de preservar aquello que venga de la tradición y que enriquezca de modo permanente nuestro idioma, y la meditación ante todo fruto nuevo, mirándolo verdear en la

⁵“Los galicismos”. En *Lengua, enseñanza y literatura* (Madrid, 1924).

⁶*La Academia Chilena correspondiente de la Real Española e integrante del Instituto de Chile* (Santiago, Editorial Universitaria, 1976).

⁷Citado por Araneda.

rama o ya en sazón, permiten a la Academia evitar la modificación, aspirando un permanente buscar ser menos apegados a la venerable rutina —de la cual hablara un sabio maestro— y más proclives a aceptar la idea del espíritu abierto a las solicitaciones de los tiempos: he ahí una razón de su permanencia.

Los cien años de nuestra Corporación nos encuentran buscando, como el orfebre o el lapidario del Renacimiento, el brillo, el vigor, la belleza y el espíritu de las palabras. Hay en ello una forma de amor y de compromiso con una lengua que debemos preservar y enriquecer, incorporando los nuevos términos que van surgiendo de infinitos manantiales. Los múltiples trabajos parciales, las discusiones acerca de aquello sobre lo cual ha meditado largamente Valentín García Yebra, acerca del *calco léxico* y el *calco sintáctico*, el trabajo que se prepara con el fin de reeditar, con los ajustes necesarios, el *Diccionario del habla chilena* son algunos de los trabajos de ruta.

No son pocos los que han reclamado, queriendo ver en el último de los trabajos una especie de fundación restrictiva en el censo de voces, pidiendo se restablezca el nombre de *Diccionario de chilenismos*. No es ocioso repetir la explicación que acerca de ello ha dado el doctor Rodolfo Oroz: *La Academia no ha querido llamar la presente obra 'Diccionario de chilenismos', sino que ha preferido titularla simplemente 'Diccionario del habla chilena', convencida de que no ha llegado todavía el momento de poder decidir con alguna certeza lo que es realmente propio y exclusivo de Chile, en el uso de vocablos o giros que caracterizan nuestra lengua, si prescindimos de los indigenismos, o, mejor dicho de los elementos de origen mapuche, incorporados a la lengua común (a veces sin mayores alteraciones y, a veces, españolismos mediante algún afijo), los cuales constituyen, por el momento, el único acervo seguro que nos pertenece con propiedad de manera exclusiva.*

Roque Esteban Scarpa, Director de la Academia Chilena, ha resumido las ideas sobre el tema, en este año del Centenario, llamando la atención sobre el pasado y el presente de la Corporación: *Las Academias, en un principio,*

eran sólo una: la Real Academia Española, incluso cuando existían todas las correspondientes hispanoamericanas. La Academia, inicialmente, según su lema, fijaba el sentido de la palabra; limpiaba el lenguaje hablado y escrito, rechazando las palabras ajenas al idioma y a su índole propia, patrocinando como legítimas, dignas de seres cultos, las ya existentes en la tradición o las que podían formarse frente a un fenómeno nuevo, partiendo de los vocablos aceptados, por ejemplo: 'balompié', en lugar de los voz extranjera 'fútbol' (o en su grafía original football). La preservación del sentido, el expurgo de lo ajeno y la correcta ordenación sintáctica, era lo que daba esplendor a la lengua.

Dos hechos varían esta situación bastante limitativa: la lengua española no era sólo la que se hablaba en la península, sino también la que mayoritariamente se usaba en los países hispanoamericanos, y esta conciencia comenzó a presionar a la Real Academia Española que estuvo a punto de quedar al margen, en un Congreso convocado por México en 1951. En la búsqueda de una actitud armónica estuvo la Academia Chilena y de esta conciliación nació la Asociación de Academias de la Lengua, que se reúne cada cuatro años, y que está representada por la Comisión Permanente, radicada en Madrid. Las Academias son consultadas constantemente por la Real Española sobre el uso de vocablos en los países de América, para ser incorporados al el Diccionario oficial.

*El segundo hecho reside en la aceptación de la vitalidad del lenguaje, en el desarrollo vertiginoso de nuevas realidades creadas por la técnica y por la ciencia, que han de ser registradas por el idioma, y, generalmente, de origen extranjero, han de adecuarse a la índole de nuestra lengua. En este aspecto, las Academias han de guardar ese sentido de vigilancia antigua, ya que se busca, por parte del vulgo ilustrado, las soluciones de verter o usar palabras extranjeras, existiendo las equivalentes, v.gr., se dice *containers* por *'contenedores'*, que es lo que hacen esos objetos. Estas perezas, si las multiplicamos por tal número de naciones, llegarían a babelizar nuestro idioma, a impedir que nos entendamos o semientendamos, con pérdida de unidad idiomática y de gravitación espiritual de los hispanoablantes.*

La Academia Chilena que se ha preocupado del lenguaje en nuestro país, ejemplo es el "Dicciona-

rio del habla chilena", ahora comenzará a registrar también el lenguaje escrito a través de su empleo por nuestros creadores en la narrativa, en la poesía, en el teatro, en el ensayo, en la historia, preparando así un panorama vivo de lo que ha sido y es el aporte de los chilenos, en neologismos, matices de las palabras, formas de expresión. Este es el trabajo que será el fruto del Centenario, de este Centenario que encuentra a la Academia viva y entusiasmada ante su responsabilidad histórica.

Quizás si llamar *inmortales* a los académicos

sea una especie de absurdo lógico, pero si algo de lo que cada uno de nosotros ha aportado al *granero del idioma* llega a durar, habremos de considerarnos agradecidos y satisfechos. Con esplendidez, cuidando de la herramienta de nuestro trabajo, la lengua, preservaremos parte de lo mejor de nosotros mismos y de ese maravilloso hablante colectivo que es un pueblo, a través del cual suele, de cuando en cuando, expresarse largamente el espíritu. ☉

TEMAS DE FILOSOFIA

La Editorial Andrés Bello ha seleccionado una serie de títulos que interesan a alumnos universitarios y estudiosos de la Filosofía:

ARGUMENTOS FILOSOFICOS

Jorge Estrella

TIEMPO Y ESPACIO EN ARISTOTELES Y KANT

Humberto Giannini

—APUNTES ACERCA DEL PENSAR DE HEIDEGGER

Francisco Soler

FILOSOFIA Y POLITICA DE SPENGLER

Armando González Rodríguez

TEXTO, TESTIMONIO Y NARRACION

Paul Ricoeur

Traducción, de *Victoria Undurraga*

GORGIAS

Platón

Traducción de *Gastón Gómez Lasa*

TEXTOS ESTETICOS

Immanuel Kant

Traducción de *Pablo Oyarzún*

El precio especial de esta colección, adquirida directamente en las oficinas de la Editorial, es de \$ 1.500. Cada título, separadamente, se encuentra en las buenas librerías del país.



EDITORIAL ANDRES BELLO

Av. Ricardo Lyon 946 - Teléfonos: 40436, 41053 - Santiago